



**James
Jones**

**El
hacedor
de viudas**

El mar. Hermoso y cruel, plácido y traicionero, el mar constituye el telón de fondo que enmarca esta novela, cuya acción transcurre bajo el cálido cielo de Jamaica. James Jones no se limita a una pura novela de aventuras trepidantes o exóticas, sino que profundiza en las almas de sus protagonistas, con toda la carga de sus pequeños y grandes problemas: la angustia, la soledad, la búsqueda de la propia consciencia, el temor, los celos, etc. Simultáneamente, plantea una implacable crítica social al hacernos vivir la angustia por la libertad del individuo en pugna con las presiones sociales. La obra reúne así las características principales de la narrativa norteamericana: lenguaje directo, rápido, vivaz, a veces brutal, sin demasiada elaboración del estilo, en aras de la expresividad, del análisis psicológico y de la crítica social.

El protagonista, Ron Grant, autor teatral famoso, todavía joven, decide romper tajantemente con su pasado. Para ello abandona su fama y el amor emponzoñado de Carol Abernathy y se lanza a un riesgo que puede parecer inútil: se inicia en la caza submarina de tiburones, con el único fin de redescubrirse, de probarse a sí mismo. El peligro le dará la auténtica medida de su valor.

Carol Abernathy y Lucky son los otros dos vértices del triángulo. La primera ha sido durante catorce años la amante — para los demás una especie de «segunda madre»— de Ron, para encarnar ahora el papel de una mujer madura, insatisfecha con su destino, con un rígido sentido de la moralidad, que la lleva a los actos más absurdos y a los celos más obsesivos. Ayudó en un principio a Ron y pretende encadenarlo de por vida, mediante la tortura psicológica: creándole complejos.

Lucky, hermosa, joven, inteligente, se cruza en el camino de Ron Grant en un momento de vital importancia para él. De

ahora en adelante la servirá de estímulo para alcanzar su meta.

James Jones, de nuevo, ha vuelto a plantearnos el tema clave de sus obras: el hombre en conflicto consigo mismo, el hombre que se lanza al riesgo gratuito, con la única finalidad de encontrarse a sí mismo.

Éste libro está dedicado a mi hija Kaylie con esta explicación: Su padre no había intentado nunca escribir una gran historia de amor antes de ahora por no haber vivido ninguna antes de conocer a la que había de ser su madre.

RECONOCIMIENTO

Con mi especial agradecimiento a Clem Wood y a Carleton Mitchell, por su formal ayuda en lo tocante a los datos sobre navegación a vela.

A mi maravillosa secretaria Kathryn Weissberg, por su entrega al proyecto y su gran ayuda con respecto a los detalles de tipo mundano.

A monsieur Philippe Diolé, a quien no conozco personalmente, pero cuya observación acerca de que «la mayor parte de nuestros escritores serios debieran echar un vistazo a este nuevo mundo submarino» me dio la idea de la obra en principio.

Y, por supuesto, a mi querida esposa, Gloria, que tanto me ha ayudado, y cuya fe en mí me mantuvo a lo largo de épocas sumamente críticas.

NOTA ESPECIAL

Ésta novela es un libro de imaginación y cualquier parecido que en él se observe con cualquier persona real viva o muerta, es pura coincidencia, quedando por completo al margen de la intención del autor. Los personajes no son personas reales; pertenecen enteramente al autor, quien los creó lentamente, a lo largo de un dilatado período de tiempo, con gran angustia y paternal cuidado, y también con mucho amor. No existe en Jamaica ninguna ciudad que se denomine Ganado Bay. La isla de Grand Bank no existe tampoco. No hay ningún grupo de islas que se llame Las Nelson. No existe ningún Grand Hotel Crount, y por lo que yo sé no se encuentra ningún hotel en la parte marítima de la lengua de tierra de The Palisadoes. Creo que debiera haber uno, sin embargo, y estoy dispuesto a invertir algún dinero en compañía de unos cuantos ciudadanos de buena visión comercial dispuestos a levantar uno allí. Existe, desde luego, una población llamada Montego Bay en Jamaica y yo he vivido en ella durante un año, muy a gusto, guardando de ese período de tiempo toda una serie de amables recuerdos, a los que no son ajenos los muchos amigos que hice allí. Pero todo lo demás, los personajes, las acciones, los incidentes y las íntimas especulaciones de los personajes, son míos por completo y yo el único responsable de ellos.

EN EL MAR, A BORDO DEL PAQUEBOTE

S. S. ANTILLES

26 de junio de 1966.

CANCIÓN DE LAS DAMAS DE DINAMARCA

*¿Abandonáis a vuestras mujeres
y el fuego del hogar y la tierra ya arada,
para uniros al viejo hacedor de viudas?*

*El mar no tiene casa para recibir al huésped,
sino sólo un lecho helado para que todos reposen
en él,
y allá se cobijan los pálidos soles y los arrecifes.*

*No tiene fuertes brazos blancos para enlazaros,
sino algas diez veces más acariciadoras para retene-
ros
allá en las rocas donde la marea os acuna.*

*Sin embargo, cuando llegan las primeras señales del
estío
y el hielo se quiebra y apuntan los suaves brotes
vais cada año alejándoos más de nosotros y desfalle-
ciendo...*

*Languidecen los gritos y olvidáis a los muertos
y huís hacia las aguas murmuradoras
y contempláis vuestros navíos en sus puertos de in-
vierno.*

*Olvidáis nuestras alegrías, y los cuentos al calor del
hogar,
las vacas en el establo y los potros en la caballeriza,
para calafatear sus flancos, comprobar sus cordajes.*

*Luego os vais, allá, hacia donde nacen las tempesta-
des,
y el ruido de vuestros remos cae una y otra vez
y eso es todo lo que nos queda en los meses que si-
guen.*

*¿Abandonáis así a vuestras mujeres
y el fuego del hogar y la tierra ya arada,
para uniros al viejo mar, hacedor de viudas?*

Rudyard Kipling

I

Un cálido día del mes de febrero encontrábanse en el puerto de Ganado Bay, de la isla de Jamaica, en el Mar Caribe, dos americanos blancos. Estaban junto a la abandonada piscina de agua salada de un viejo y descuidado hotel, desierta. Uno de ellos, que, pese a ser de media altura, parecía bajo, a causa de su complexión muscular, chorreaba agua. Vestía solamente un ajustado y pequeñísimo bañador negro, tipo bikini y a despecho del ardiente sol tropical que le daba en la espalda temblaba, hasta el punto de que sus dientes castañeteaban cada vez que entreabría la boca.

Comenzó a danzar de un lado para otro, levantando una pierna y otra, sin apartar un instante sus ansiosos ojos del hombre que se hallaba enfrente de él. Llamábase Ron Grant, y con la posible excepción de Tennessee Williams era el más famoso dramaturgo de su generación, juzgada la mejor desde la época de O'Neill.

El otro individuo era un verdadero gigante. Mediría, por lo menos, un metro y ochenta y tres centímetros de estatura. Tenía un corpachón enorme, de vientre grande y caído, todo él cubierto de gruesas capas de músculos. Con su aspecto, hacía pensar inmediatamente en una montaña menor. Otra capa de grasa envolvía su cuerpo, recordando la envoltura de un mamífero acuático. Ésta capa suavizaba las prominencias musculares, reduciéndolo en suma a una gran masa de la que sólo se podía esperar que creciera.

Sus pantalones de baño, del tamaño de una tienda de campaña, le colgaban por debajo del vientre y eran del tipo utilizado por los boxeadores. Los chillones dibujos

hawaianos de la tela habían perdido color por causa del fuerte sol y el agua del mar, reduciéndose a un manchurrón amarillento y uniforme. Por encima del vientre y pecho, increíblemente abultados, agregada a la porción delantera de una cabeza de gran tamaño, sobresalía una afilada nariz y unas pobladas cejas que se unían por el centro de la frente. En los ojos, muy negros y ardientes, había una expresión de perpetua y malévolamente impaciencia, como si el acto de estar sentado tranquilamente hubiese sido dolorosamente intolerable para él. Con esta expresión contemplaba al hombre más pequeño que tenía delante, todavía danzando.

Al Bonham se llamaba el gigante y explotaba un negocio de artículos para la caza submarina emplazado en el puerto jamaicano de Ganado Bay.

Bajo su mirada, Grant, el autor dramático, dejó de bailar. Entre los dos hombres, sobre el abultado piso del reborde de la piscina, lleno de grietas, en las que habían crecido mechones de hierbajos, había un equipo de inmersión con sus botellas, el regulador y la pieza que se adaptaba a la boca, la cual colgaba hasta muy cerca del agua.

—A mí me parece que está usted ya en condiciones — tronó Bonham.

Su voz siempre retumbaba. Grant pensaba que el hombre se esforzaba siempre por hablar con un tono menos impresionante, como si le hubiese preocupado la idea de no atemorizar a sus interlocutores.

—¿Para el mar, quiere usted decir? —inquirió Grant.

Una leve sonrisa, semejante a una nube, pasó rápidamente por la gran llanura que era la cara de Bonham, revelando sus negros dientes y perdiéndose entre sus cabellos.

—Naturalmente. ¿Por qué no?

—Bueno, yo... De acuerdo. Ya que usted lo dice...

Grant se había cruzado de brazos, oprimiéndoselos fuertemente, intentando acabar con sus estremecimientos. Luego, empezó a darse palmadas en la espalda, muy ancha por cierto.

—Hágase cargo... —se excusó—. Estos temblores no son debidos a que yo me sienta nervioso. Yo no disfruto de la protección natural suya. Ni mucho menos. El frío siempre me ha podido. La verdad es que me he resfriado.

Una especie de filme transparente pasó ante los ojos de Big Al Bonham y Grant sabía muy bien que esto no era debido a su alusión a la capa de grasa protectora. Tratábase de la mirada del hombre de negocios que ha olfateado una venta y no se halla dispuesto a soltar a su víctima así porque así. Grant había tenido ocasión de apreciarla otras veces.

—Tenemos en la tienda un traje de goma que pertenece a Alí, mi ayudante... El mío no le vendría bien. Tendría usted que arrollárselo al cuerpo dos veces y todavía le sobraría algo. Puede ser que Alí esté dispuesto a venderle esa prenda. Quizá se la preste —añadió, enigmático.

—Yo se la compraría con mucho gusto —se apresuró a declarar Grant—. La necesitaré, en Kingston.

—Si yo encargara una para usted tardaría en llegar aquí un mes —tronó Bonham—. Bueno. Vistámonos ahora.

El hombre se volvió hacia un banco de piedra que, al igual que el reborde de la piscina, dejaba ver parte de su armazón de hierro interno. Cogió unos sucios pantalones de color claro y empezó a embutirse en ellos, sin despojarse del mojado bañador. También había en el banco una desvaída camisa de corte deportivo, con dibujos hawaianos. Después de contemplar unos momentos a su compañero, algo confuso, Grant procedió igual que él.

Avanzaron por el decrepito y mal cuidado hotel, que en realidad parecía más bien una gran pensión. Al parecer, carecía de huéspedes. El empleado negro del servicio de recepción hacía juego con aquel escenario. Resultaba difícil afirmar si era un empleado o el dueño... Aquel individuo intercambió una mirada con Bonham y el hombretón hizo un gesto de asentimiento. Una vez fuera, acomodó el equipo de inmersión en la parte posterior de un Buick estadou-

nidense muy maltratado, de la época de la guerra, un «station-wagon». Seguidamente, se deslizaron por la pendiente que habían remontado un par de horas antes. Se dirigían a la población, donde Bonham tenía su establecimiento.

Siempre que las casas y chalets aislados no bloqueaban la vista, podían contemplar desde aquella altura todo Gannado Bay, particularmente la bahía. Un buque de la Armada, una falúa, estaba delante de Guantánamo hoy y los uniformes de los marineros americanos, dibujando miríadas de puntos blancos y resplandecientes, se extendían por las calles, pardas, desprovistas de color, entre los edificios de la ciudad, de peladas fachadas y tonos amarillos rojos y púrpúreos.

—Podría llevarle a uno de los lujosos hoteles de la playa. Trabajo para ellos también. Pero se me antoja que le agrada más la reserva, la independencia. Es mejor que no lo vea nadie; vale más que eludamos a los curiosos. Sabrían quién es usted en seguida. Y la cosa resulta mucho más barata para mí. Grant no contestó. El «hotel» se había convertido prácticamente en un vertedero. El día anterior habían ido a otro sitio ligeramente, sólo ligeramente, mejor. Aquél era, indudablemente, el lugar más barato de la población del que podía afirmarse que poseía una piscina. Verdaderamente, era casi uno de los perennes escenarios de las obras de Williams: hibiscos y otras flores brillantes que Grant no podía enumerar, las cuales ocultaban casi por completo las derruidas paredes y oxidadas verjas; hierbas crecidas con exceso, aceras en las que uno estaba propenso a romperse un tobillo, dos desatendidos árboles cuyas ramas crecían de cualquier manera. Había esperado ver salir de un momento a otro a Blanche Dubois de entre los arbustos, envuelta en unas desordenadas ropas, llevando de la mano a Stanley Kowalski. Bueno, ¿y qué más daba? Tenía que dejar a Bonham que se ganara unos cuantos dólares a su costa. Bonham parecía haber advertido aquella disposición de ánimo. Los primeros dos días le había acom-

pañado hasta dos de los hoteles más lujosos de la playa de Ganado Bay. El día anterior le llevó a otro lugar más barato y aquella jornada al sitio que acababan de dejar. Y a todo esto, Bonham cargaba siempre los mismos precios. Sin embargo, tenía que pagar al director del hotel menos y así podía retener más.

Todo aquello, no obstante, le tenía sin cuidado. Grant estaba pensando en lo que el hombre le había dicho, acerca de hallarse en condiciones para probar el equipo de inmersión en el mar. Hacía mucho que esperaba aquel momento, había estado avanzando hacia él, lo había deseado. Su obra más reciente se hallaba terminada. Había sido recibida con gran júbilo por sus productores de Nueva York. En consecuencia, se había ganado aquellos días de esparcimiento.

La idea de haber llegado al fin en lo referente a la obra hizo que de pronto se sintiese poseído por una cálida sensación de alivio sumamente agradable. Éste pensamiento le ayudó a entrar en calor incluso, prestando hasta agilidad a sus movimientos, facilitando su respiración. Bien sabía Dios lo mucho que le había costado rematar su trabajo. Había tenido que poner en él cuanto sabía. ¿Le sucedería lo mismo en la siguiente ocasión? Lo ignoraba. Sabía únicamente que había salido del paso por ahora. Era lo mejor que había salido de sus manos. Habíase ganado, por tanto, lo que estaba viviendo. ¡Al diablo los hoteles pobres! Y el Arte, el Arte también, se dijo... Con estas reflexiones se alzó en su mente una figura negra, espectral, enmantillada, con la sombría faz oculta a medias, plantada en las escaleras de la iglesia. Siempre la recordaba así ahora. ¡Y pensar que había comenzado con todo aquello de la inmersión para desembarazarse de ella! Flotó en el aire una risa...

—Sigo pensando que comete usted un error al ir a Kingston —declaró Bonham—. Me he sumergido por igual en los dos sitios. Aquí tenemos todo lo que ellos tienen allí.

Esto no era verdad en rigor y Grant lo sabía. Pero no perdía de vista el hecho de que Bonham no le suponía tan bien informado. A Bonham le inquietaba la idea de perder un cliente tan bueno en potencia.

Grant no respondió nada de momento.

—Bien. Hay otras cosas por en medio, Al —dijo finalmente—, no se trata solamente de la inmersión.

—Usted se está refiriendo ahora a esa amiga suya, la de la villa de ahí arriba. Pretende alejarse de ella, ¿eh?

Bonham había hablado en voz baja. Había una nota casi de secreto en sus palabras. De complicidad. Parecía extraño que él hubiese dicho aquello, después de lo que Grant había estado pensando. Era como si el hombre hubiese estado leyendo en su mente.

—No es mi amiga, es mi madre adoptiva —replicó Ron Grant, cayendo inmediatamente en lo de la rutinaria protección—. En fin, sí.

—¡Oh! Lo siento. Perdóneme —contestó Bonham, cortésmente. Pero se apresuró a añadir—: Incluso así, no puedo culparle de nada. Se trata de una mujer muy peculiar.

Siempre sucedía lo mismo. Sonrió, mirando al gigante.

—Oiga: ¿cuándo cree usted que nos hallaremos en condiciones de hacer esa excursión por el mar? ¿No me ha dicho que ya estoy en condiciones?

—Ahora mismo.

—¡Ahora!

—¿Y por qué no?

La misma sonrisa que parecía una nube cargada de sentimientos pasó por la faz de Bonham de nuevo. Daba la impresión de iniciarse en su redondo mentón, deslizándose por la boca, con los dientes en pésimo estado, ojos, cejas y frente, retorciéndolos sucesivamente de un modo infernal, antes de perderse entre sus ralos cabellos.

—Al mar le llevo precisamente en estos momentos. —Hubo una pausa y luego surgió de nuevo la sonrisa, esta

vez ofrecida directamente a Grant—. Lo mismo da hacerlo esta tarde que mañana. ¿Para qué cavilar toda la noche?

Fantasmalmente, parecía haberse asomado —asomado por segunda vez—, al cerebro de Grant.

Al cabo de unos momentos, éste lanzó un resoplido. Aquella risa a medias no disminuyó su nerviosismo. Pero él se sintió complacido con su propio gesto.

—Sí. El caso es que usted cree que estoy en condiciones de intentar eso.

—Si no lo creyera, no le llevaría allí. Mi actividad comercial quedaría en entredicho si me dedicase a matar clientes o a dejarlos insatisfechos.

Grant se sintió traspasado por un escalofrío. De repente, sintió también un escozor en la ingle. Eran los cristales de sal de su bikini, en trance de secarse. Furtivamente, deslizó una mano hacia aquella parte, rascándose y ajustándose los pantalones, humedecidos. Bonham no parecía hallarse molesto por una minucia semejante. Por éste o cualquier otro motivo, Grant no formuló el menor comentario y los dos guardaron silencio. Habían recorrido ya toda la pendiente y se movían por entre las atestadas calles de la polvorienta ciudad. Los marineros, de rostros infantiles, frescos, lo miraban con curiosidad. Captaban también su atención los aparatos de buceo que llevaban en la parte posterior del coche. A Grant le costaba trabajo creer que en otro tiempo había tenido su mismo aspecto, embutido en aquel mismo uniforme.

Hacía más de quince años, más de diecisiete. En la tienda, Alí, el ayudante de Big Al, hombre de la India oriental, individuo de pecho y caderas estrechas, todo reverencias y sonrisas, accedió a vender a Grant su prenda de goma por el precio de cuarenta dólares. Grant tuvo una sospecha, algo más que una sospecha, de que la prenda en cuestión no le pertenecía. Por la sencilla razón de que su pecho, en fin de cuentas, resultaba más bien ancho. Además, al propio Grant aquélla le venía demasiado ajustada. Por añadidura,